

Octavio

Hay personas que no pueden vivir sin un perro. Eso no es algo que a mí me suceda, pero a pesar de esa deficiencia afectiva que tengo, con los años empecé a amarlos más que a muchos congéneres. Yo no sé si será porque en mi casa el animal más cercano que tuve fue una tortuga que un día asesiné al bajar la persiana de mi cuarto que mi relación con los perros y también con los gatos siempre fue un tanto distante. A Julieta, mi esposa, en cambio, su estado de ánimo está sesgado por la presencia o no de un perro en casa. Su vida gira alrededor de los perros, a ella le encanta que la besuqueen, no le importa llenar su ropa de pelos, y no pierde oportunidad para agacharse a tocar cualquier bicho que se le cruce por la calle. Para colmo de males no deja de ayudar a cuánto refugio de caninos que esté a su alcance. Ella es una de esas personas a las que se las puede adjetivar como “perrera”, pero en el mejor sentido de la palabra. Yo siempre bromeo que Julieta quiere a los perros más que a mí.

Cuando tuvimos que dormir a Mora, nuestra labradora, en nuestro hogar había quedado un espacio vacío que pronto se llenó de tristeza. Debía hacer algo para cambia el rumbo de nuestra relación o mejor dicho para que ella no se sumergiera en una profunda depresión, así que decidí ir a un criadero de *Border Collie* y lo traje a Octavio. Era un peluche que entraba en la palma de la mano. Cualquiera que tuvo la suerte de conocer a nuestro nuevo amigo no dejaba de decirnos “A este perro solo le falta hablar”.

Octavio, era como un hijo, o tal vez el nieto que jamás tendremos. Se sentaba junto a nosotros a ver las series de Netflix y te podría decir que les gustaban más las de acción que las románticas ya que cuando se ponían un poco aburridas me miraba, me hacía una caída de ojos y se iba solito a dormir a su colchoncito.

Hace unos meses, precisamente el lunes doce de Enero, a mi esposa la habían invitado a disertar en un congreso de relaciones institucionales en la ciudad de México y yo tuve que hacerme cargo de Octavio. Debía sacarlo a dar su obligatoria vuelta al perro, prepararle la comida, no olvidarme de su agua fresca, y obviamente ponerle la serie que le gustaba todas las noches. Nos sentábamos en el sillón y su compañía era algo increíble, peludo y hombre, hombre y peludo, como una hermandad indescifrable.

Pero esa noche, al volver de la vuelta manzana, aún no me puedo explicar por qué dejé sin llave la puerta de nuestra casa. Octavio ladraba y ladraba y yo no entendía lo que me quería decir. Iba y venía hacia la puerta hasta que puse en pausa la tele, me levanté y me acerqué. En ese instante sentí un garrotazo tremendo en medio de los ojos. Un par de maleantes encapuchados irrumpieron en casa, empujaron con fuerza la puerta y me clavaron el borde en la frente produciéndome un profundo corte. En ese momento veía todo nublado, solo escuchaba los gritos amenazantes de los chorros y los ladridos de Octavio hasta que perdí el conocimiento.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que los lambetazos de mi perro me despertaron. Me habían amordazado con un trapo en la boca y me ataron con unos cables a una de las sillas del comedor. Tenía las manos atadas a mi espalda y los pies a las patas de la silla. Apenas podía bajar la vista. Mi camisa, que era blanca, ahora estaba cubierta por la sangre que me chorreaba. Estaba inmóvil y Octavio se daba cuenta. La casa estaba revuelta. No se habían llevado el televisor, al parecer porque les costó arrancarlo de los parantes que lo sujetan a la pared. Primero me alegré a pesar del dolor de cabeza que no le hubiesen hecho nada a Octavio y que tampoco hubiera hecho algo peor a mi persona. Las cosas materiales van y vienen, todo se puede recuperar de algún modo. A los pocos minutos tomé conciencia que si no lograba desatarme, nadie iba a venir a rescatarme y que moriría de todas

formas, ya que mi mujer estaría volviendo el próximo lunes, ella aprovecharía el fin de semana para poder hacer un tour por la ciudad.

Octavio se daba cuenta, corría alrededor de la silla desesperado. Estaba nervioso. Yo empecé a bambolear la silla entre las patas delanteras y las de atrás hasta que caí al piso. Me quedé mirando al techo. Estaba muy dolorido y el calor era sofocante. Mi perro seguía lamiéndome la cara. Yo trababa de indicarle que me desatara, pero él no dejaba de saltar y chuparme. Fue hasta donde guardamos sus juguetes y me trajo su hueso de plástico que hace ruidito. Quería demostrarme que estaba feliz porque yo estaba vivo. Así pasé toda la noche, acostado en el piso sujeto a la silla como si mi espalda fuera parte de ella. Octavio estaba inquieto por verme en esa situación límite.

Al día siguiente la luz de la calle me despertó y mi amiguito seguía durmiendo a mi lado. Pero esta vez el trapo que tenía en mi boca estaba junto a él. Nunca supe cómo se las había ingeniado para sacarlo sin que yo me diera cuenta, al rato se despertó y me empezó a mover la cola. Parecía que con su entusiasmo intentaba darme ánimo. Por un momento desapareció de mi vista. Yo escuchaba que algo se estaba arrastrando por el piso despacio hacia mí. Mi sorpresa fue cuando vi que con mucha delicadeza Octavio había traído su cacharro de agua hasta ubicarlo frente a mi cara de forma tal que yo podía alcanzar el líquido con un pequeño movimiento de mi cuello. El agua se acabó ese día y la sed volvió a ser una preocupación. Estaba seguro de que moriría deshidratado. Había perdido mucha sangre y también había perdido la fe. Mi perro empezó a tironear de los cables de las manos pero eran muy gruesos y estaban amarrados con nudos de expertos. Podía notar en la cara de Octavio su frustración, él me había dado su agua y ahora también él iba a empezar a sufrir de deshidratación. Ya no tenía fuerzas para pedir auxilio. Mi último recurso fue mirarlo a los ojos y sin decirle nada pensé “vos sos el único que nos puede salvar”. Como si le hubiera dado un mensaje telepático, salió corriendo y buscó una ventana de la planta baja,

corrió con su boca la cortina, tomó la manija con sus dientes y empezó a sacudirla de derecha a izquierda hasta que se abrió. Mi Octavio, se había convertido en Lassie, en Rintintín o en el mismo perro de Superman. Pegó un salto y cayó en la vereda. Pude ver su imagen estirada en el aire, como si fuera un escena en cámara lenta. Pensé que jamás volvería, pero a los pocos minutos escuché que la puerta de calle se abría y la enorme figura de Cacho, el dueño de la gomería de la esquina, aparecía milagrosamente. Mi perro, mi héroe, seguía indicándole el camino. El gomero, me quitó los cables y me hizo las primeras curaciones. Me llevó a la gomería y me dio de comer y de beber.

—Es inteligente el pichicho —me dijo y se me infló el pecho.

Cuando me repuse, pensé en llamar a Julieta, pero preferí dejarla tranquila y no preocuparla. No tenía sentido. Solo hice la denuncia y los policías vinieron a casa a levantar las huellas digitales que sin duda no servirían para nada. Octavio seguía el trabajo de los oficiales a sol y a sombra.

—¿Cómo se llama? —me preguntó el más joven.

—Octavio —le dije.

—Se ve que es muy inteligente, solo le falta hablar.

—¡No lo necesita oficial! ¡no le hace falta!